

El regreso del poeta en Nueva York

(Serie de tres Episodios, dedicada a un muchacho llamado Federico)

Primer episodio

Dedicado a Eugene O'Neil,
Alberti, los pájaros y las
nutrias mártires.

*La hemos recorrido calle por calle,
carcajada por carcajada, agravio por agravio;
hemos visto su luna reflejada,
al lado de los abrigos de piel de nutria,
en los charcos ofensivos que la naturaleza, molesta y desobediente,
coloca, como escupitajos irónicos, a la entrada de los hoteles de Park Avenue.
Hemos visto su madrugada:
incontables parpadeos entre la niebla del día que viene con lluvia;
las larguísimas meadas albertianas;
arroyos chisporroteantes en el ruido del Soho de la noche del viernes;
hemos escuchado al rruiseñor de la madrugada del domingo en Washington Square
y a los gorriones impertérritos, compartiendo sus migas con los humanos, en los
prados de Central Park...*

*Hemos visto todo eso y, sin embargo,
apenas nos hemos asomado a su corazón vertiginoso.
Tal vez Hughie o Hickey
o el rey de Harlem con su cuchara para sacar los ojos de los cocodrilos,
nos señalan, sin palabras ni miradas,
la brecha semioculta que conduce a la cueva
en donde el miedo y la transparencia
son la atmósfera de ese corazón desconocido,
bellísimo
hecho de carne empavorecida y destumbrada.*

Segundo episodio

En el que se recuerda a José
Juan Tablada y el autor asume
su pertenencia a la generación
de la bomba. Por esta razón,
en el episodio aparecen las
personas que, a continuación
se mencionan:

Mr. Truman,
Oppie,
King Kong,
O'Henry,
los elementos
Don Pedro Calderón de la Barca,
las gaviotas
y Busby Berkeley.

*Al final de la Segunda Avenida,
abí donde Italia y China
—Kublai Kan y Marco Polo—
convergen y alegremente preparan
grandes fuentes de pasta,
me detuve a tomar el aire
y a dispersar dos o tres pensamientos fijos,
instalados, desde hace diez meses,
en el laberinto semidescubierto
por Don Segismundo, fumador de puros,
judío austriaco y bondadosísimo,
aunque no del todo eficiente, hipnotizador.*

*Nueva York nos entrega lo inevitable.
Aquí, nuestra condición exaltada por la retórica
toma su exacta dimensión y, un buen día,
al voltear una esquina o al tomar el autobús,
descubrimos que nada tiene remedio.
Es entonces cuando nos disponemos
a apurar el trago hasta la última implicación,
a exprimírle las gotas a la tarde
y a jugar el juego de la felicidad en los treintas,
con toda la irresponsable seriedad
de una coreografía de Busby Berkeley.
Nada importan la pantera de la madrugada,
las termitas del mediodía
o el lagarto venenoso escondido debajo de la almohada.
Hay cielo, nubes, «mujeres que pasan por la Quinta Avenida»;
Sopay, en la banca del parque, hace planes para el invierno;
las gaviotas del atlántico vuelan, con absoluta calma,
sobre las torres gemelas
y King Kong ya pagó su boleto para ver lejanías
desde el observatorio del Empire State.
Y como lo que resta es inevitable,
nos bebemos a inmensos tragos el aire,
compuesto de todo lo imaginable e inimaginable,
de esta ciudad redescubierta por Federico,
antes de que el instante de Hiroshima
nos cambiara aire, agua, fuego, tierra, King Kong y las gaviotas.*

Tercer episodio

Recordando a San Juan de la Cruz,
Alfa y Omega de nuestra poesía;
a Calderón, las palmas del Cante
Jondo, Juan Gris y los ríos del
mundo.

*Celebrarte, poeta con la luna en los ojos,
cantar tu voz inmensa,
tus múltiples anteojos;
tu forma de estar vivo
y de dar vida
a esas palabras para hacer un mundo
y encomiar los hallazgos de la tierra,
es recordar el ritmo milagroso,
de andaluz neoyorquino o negro de Granada,
con que tus palmas diáfanas
reinventaban la aurora
o describían un río
--Guadalquivir o Hudson—
movible calle ancha, descanso de los ojos.*

*Estás en las ciudades
en donde el miedo intenta
apagar las hogueras
de la humilde alegría
de unos seres que viven
y trabajan y cantan,
para morir un día
dejando, aún sin quererlo,
la huella de sus pasos.
Porque nada se pierde,
porque el viento no borra
y, más bien, multiplica
los ojos y las manos,
los sexos, las caricias
y hasta los torpes gestos
y la violencia absurda
de los seres que actúan
en el vasto escenario
donde el autor nos deja
con el libre albedrío.*

*Celebrarte es decir,
palabra por palabra,
los versos que salieron
de tus manos sin tregua.*

*Tú no calificabas.
Dabas el testimonio
de los deslumbramientos
que enciende cada día.*

*Y por ser destumbrado,
 destumbrador amante
 de las cosas que el viento
 te llevaba a los ojos,
 queremos apoyar
 nuestros pasos sin rumbo
 en el muro blanquísimo
 donde tu cuerpo late:
 un cuerpo de palabras,
 de «música callada»,
 una frágil cintura
 para iniciar la danza,
 unas manos azules
 tocando una guitarra,
 unos huesos absortos
 bajo el claro de luna.*

Hugo Gutiérrez Vega

Federico y Granada

*Más luna que noche,
 más torre que cielo,
 más trino que pájaro,
 más luz que infinito.*

*Más perfume que rosa,
 más ala que arcángel,
 más Luzbel que demonio,
 más misterio que ríos.*

*Más altura que cumbre,
 más belleza que Alhambra,
 más pena que Boabdil,
 más Granada que olvido.*

Antonio Hernández